

PQ 8219

.MS

AG

v.2

DEL GENIO

SIETE TRATADOS, t. II.

1

DEL GENIO

HERMOLAO Bárbaro era uno como Apolonio de Thyana que creía en el poder y la fuerza de las evocaciones. Un día ese filósofo tuvo una duda : lejos de acogerse á la sabiduría divina y llamar en su auxilio al espíritu de la luz recurrió al príncipe de las tinieblas para el esclarecimiento de la que le estaba atormentando la inteligencia atollada en un laberinto de inquisiciones sin fruto y resoluciones sin verdad. ¡ Oh tú, sabio del abismo, que ves hacia arriba y alcanzas más que el hombre lo que le atañe al hombre; tú para quien lo secreto es manifiesto, lo incomprendible fácil, lo recóndito palmario, yo te invoco ! ¿ Me obligarás á proferir la palabra que te hace temblar y te constriñe á la obediencia? El filósofo escatimó con la mirada los rincones de su obscuro aposento, bien como saliéndole á encontrar al ente incorpóreo que había evocado. Era la una de la mañana : casa, barrio, mundo, todo silencio : ladra un perro en el traspatio, canta un gallo á lo lejos : el filósofo empieza á sentir hormiguillo en el cuerpo y trasudor en la frente, présagos de acaecidos extraordinarios por los cuales uno va á pasar,

bien con intervención propia, bien sin conocimiento de causa. Una llamita azulina, inquieta y juguetona brota por ahí en la esquina del cuarto, no mayor que el fuego fatuo que puede levantarse de una falange de un dedo podrido bajo tierra. Da la llama algunas vueltas : el mágico la ve crecer y más crecer, y luego ir tomando forma como de persona, ora en el volumen, ora en la densidad. Fijos los ojos en ese vano objeto, vano, pero terriblemente verdadero, Hermolao dijo : « ¡ Hete aquí ! No en balde tomas aspecto de anciano sobrenatural, puesto que va de la averiguación de cosa superior á los alcances de los simples mortales. Eres el demonio, ese que todo lo sabe : oh tú, demonio, por lo que más temes y respetas en el alto y el profundo, dime, ¿ qué significa este vocablo misterioso : *Entelechia* ? » El viejo puso el índice en el ángulo de la boca, meditó una buena pieza, y se quedó callado. Como uno de sus defectos más pertinaces es la soberbia, no quiso confesar que no lo sabía : fué perdiendo poco á poco su espesor, se convirtió luego en humo sutil, y desapareció relampagueando obscuramente, como una sombra de meteor encerrado dentro de cuatro paredes.

Cosas hay que no sabe ni el demonio, y por el mismo caso permanecen ignoradas por la sabiduría y libres de la curiosidad humana. En los autores clásicos de la antigua Grecia, en Aristóteles principalmente, ocurre á menudo ese término cuya verdadera significación se les ha pasado por alto á los más conspicuos traductores y más puntuales intérpretes de esa lengua sabia. Teodoro Gaza, el más prolijo, sagaz é inteligente de cuantos han arrimado el hombro á la dura labor de volver á las lenguas vivas la

sustancia de las pasadas, nunca acertó á ponerse de pies en la dificultad. *Entelechia*, unas veces quiere decir Dios, otras significa forma : cuando la vierten por movimiento, cuando por abismo : ahora es inmortalidad, luego indicará el infierno. Bien así como el verdadero nombre de Dios no lo sabía sino Salomón, por tenerlo grabado en su anillo maravilloso, así el verdadero sentido de este vocablo temible, *Entelechia*, estaria quizá impreso en la sortija encantada de Tales de Mileto y Pitágoras de Samos. Las ciudades antiguas tenían un nombre oculto en cuyas entrañas se estaba desenvolviendo el secreto de su destino : ese nombre nunca debía ser proferido, ni su conocimiento salía del sumo sacerdote, el presidente del Senado y los grandes dignatarios de la República, sucediendo que los enemigos pudieran invocar las divinidades tutelares y ser vencida la Nación. Roma, verbigracia, se llamaba *Valentia* : el tribuno que se atrevió á descubrir ese nombre, pagó con la vida su temeridad. Los hombres han gustado en todo tiempo de encerrar el arcano de las mayores cosas en un signo incomprensible, una palabra inexplicable, un objeto extraordinario : el género humano es el esfinge que anda proponiéndose á sí mismo las adivinanzas cuya solución será la muerte de los reyes ó el entronizamiento de los sabios. Feijoo discurre con uno como santo horror acerca del *entelechia* de Aristóteles, y da también noticia por su parte que, consultado por Hermolao, el demonio no pudo salir de la angostura. Las lenguas suelen tener así uno como símbolo de ellas mismas, piedra preciosa que en volumen diminuto encierra la naturaleza, y en cada reflejo nos da una idea de alguna de sus infinitas maravillas. El *entelechia* de los antiguos tiene hoy uno como heredero

de lo vasto, alto, profundo, desconocido y misterioso : este es *el genio* de todas las lenguas modernas, vocablo de tantas y tan confusas significaciones, que á fuerza de sustancia y grandiosidad se les oculta á muchos, y muchos lo combaten por falta de comprenderlo y cogerlo, digamos así, en el vasto, obscuro círculo por donde anda recorriendo el universo de los idiomas. Genio, desde luego, significa ente sobrenatural que acompaña á los varones ínclitos y les dirige sus acciones con respecto al mundo y el género humano, bien favoreciendo los grandes propósitos de sus benefactores, bien anunciándoles su destino, que raras veces suele ser común, y menos vulgar, en los hombres que se distinguen de sus semejantes. Este Genio unas veces es propicio, otras infausto; ó más bien es el destino de cada cual, destino que en unos es bueno y feliz, en otros malo y desgraciado. Huyendo los atenienses á la desbandada una sangrienta ocasión, uno de los guerreros vencidos se detuvo súbitamente y se quedó en muda consulta con los dioses : todos sus compañeros de armas tomaron por el camino que estaba ofreciendo más probabilidades de salvación; él, se fué por otra parte. Cuando después le preguntaron cómo no había seguido la corriente de los prófugos, respondió que su Genio se había interpuesto entre él y sus enemigos. Todos fueron alanceados ó hechos prisioneros : Sócrates se salvó. Su demonio ó Genio le había advertido que no siguiese tal camino sino tal otro. Este Genio que salva la vida al filósofo no es sino la sabiduría encarnada en una sombra invisible que se presenta á los ojos del espíritu, y, aclarando el entendimiento, levanta una cortina del porvenir y deja ver en su obscuro seno á esos hombres de larga, profunda vista que se hallan en contacto con la

Divinidad por medio de la inteligencia y las virtudes. Adivinación es ciencia infusa de hombres superiores por las facultades intelectuales y sensitivas : éstos suelen tener el órgano de la vista tan fino, que rompen el tiempo y le sorprenden en las entrañas los sucesos que en ellas se están formando; el oído tan agudo, que oyen vagos ruidos en el silencio de la nada; el tacto tan delicado, que palpan lo que no existe y cogen con la mano lo que aún no tiene cuerpo. *¡Salve virgo!* saluda Demócrito á una virgen en la calle : la encuentra al otro día, y la saluda : *¡Salve mulier!* El adivino conoció en sus facciones el pecado : esa noche había sido desflorada.

Ese vapor sutil que el sol arranca de la tierra y comunica el don profético á algunos filósofos y santos, ese era el Genio del hombre á quien las virtudes y la inteligencia continuamente aguzada volvían apto para recibirlo. Otros averiguadores sublimes de los secretos de la naturaleza han pensado que el espíritu de Dios difundido en toda ella se pegaba en algunas organizaciones excepcionales y perfectas, y de él provenían el conocimiento de lo futuro y las inexplicables sospechas de cosas que son olvido y nada para la generalidad de los mortales. Esa partícula de espíritu celestial incrustada como vivida estrella en el alma del sabio, el santo, les ilumina los ámbitos del entendimiento, y derramándose hacia afuera, les muestra á lo lejos los embriones de las cosas á las cuales el tiempo dará forma y verdad. El Genio de los individuos extraordinarios es esa estrella pegada en el alma, ese punto de luz divina que, obrando en la eternidad, da luz á lo obscuro, densidad al vacío, contornos á la nada, y como carbunco

maravilloso posee virtudes que llenan de admiración y espanto á los que presencian sus obras, sin ser capaces de verificarlas por su parte. Dicen otros que los astros poseen tal virtud en su seno, que pueden con ella elevar el espíritu humano, y acrisolarlo y volverlo tan ligero y rápido, que volando por las regiones del mundo invisible, ve actualmente lo que los demás no pueden ver, porque aún no tiene forma; oye lo que para los demás no suena, porque aún no tiene ruido; toca lo que los otros no perciben, porque aún no tiene cuerpo. El Genio de ciertos filósofos y héroes, las apariciones de ciertos estáticos y santos son el fantasma amigo que viene á ellos con nombre de virtud ó sabiduría, y les da á entender cosas de la eternidad: sabiduría y virtud, esa arte mágica que en realidad no es sino el querer de Dios obrando actualmente en el pecho de los varones privilegiados. El Genio de Plotino era de especie superior á todos; era, dicen, de la familia de los ángeles, tan luminoso y eficaz, que este filósofo estaba siempre debajo del dominio de las potencias celestiales, y derramaba lágrimas al sentarse á la mesa, lleno de vergüenza y dolor de estas tristes necesidades que caracterizan la materia. Isidoro Alejandrino, otro que tal, no podía pasar un bocado sino envuelto en lágrimas de sus ojos. El alma no tiene hambre; horror tiene á la carne: no tiene sed; el vino la mata: ¿cómo sucede que esta sustancia inmaterial, cuyas operaciones se efectúan en los dominios de la sensibilidad y el pensamiento, á impulsos del ser incorpóreo que la tiene á su cargo, no puede permanecer en nosotros sino merced á los sufragios que el mundo palpable da á la materia de que es formado nuestro cuerpo? El alma, destello del espíritu infinito, no experimenta sino esas nece-

sidades nobilísimas que la levantan y sumergen en el océano de la gloria, que es ese amor, amor, amor, ese amor violento de los serafines; sed de felicidad, felicidad pura, grande, apenas imaginada por nosotros; gloria, no la nuestra, esta nombradía ruín que ceba la vanidad y exalta la adulación, sino la gloria del amor divino y la sabiduría mediante las cuales penetramos los secretos de la inmortalidad contenida en el corazón del Todopoderoso. Plotino é Isidoro experimentaban la pesadumbre de la humillación, naturalezas soberbias, sabedoras de su alto origen, que convertían en virtud el peor de los pecados: con esa soberbia alababan á Dios, dando á entender al mundo que todo lo que frisa con él es tan inferior á lo del cielo, que quien de ello tuviere alguna noticia, por fuerza se verá afligido y corrido de este influjo de lo bajo sobre lo sublime, este sojuzgamiento del espíritu por los sentidos. El Genio de Plotino, rebelado de día y de noche contra la tierra, le mantiene en dolor santo, dolor que es vínculo estrecho con la Divinidad. Genio es inteligencia, conciencia, sabiduría; genio es voluntad incontrastable, tesón invencible, poder inrestringido; genio es segunda alma puesta sobre la primera, más liviana, pura y luminosa que la del globo de los mortales. El Genio de Sócrates, que desciende sobre él y le deja durmiendo en el espíritu del universo, puestas en olvido tierra y vida; el de Platón, que rueda por los ámbitos de la inmortalidad, resonando hacia adentro de la mansión divina, sin que llegue á nosotros sino la sombra de ese gran ruido; el de Abrahán, que le hace ver en sueños la suerte de su descendencia difundida por el mundo; estos Genios son la segunda alma con que la Providencia dotó á esos hijos de la tierra, á la cual no esta-



ban unidos sino con las puntas de los pies, levantándose con fuerte voluntad á los espacios infinitos.

El Genio de los hombres raros no siempre es una manifestación del favor divino puesto en formas, visibles tan solamente para el individuo sobre el cual la Providencia echa su mirada : hay Genios benéficos, y Genios maléficos; Genios propicios, según que lo llevamos insinuado, y Genios infaustos. El Genio que Marco Bruto vió en su tienda de campaña en los Campos Filípicos, debió de ser de los terribles : á poco perdió la vida, habiendo perdido la victoria. Si ese espectro fué de grande estatura, pálido, y vino herido en cien partes, teniendo con la una mano la diadema que se le quería ir de la cabeza, y con la otra se componía la túnica de púrpura, habrá sido Julio César. Por altos juicios de Dios salió de la tumba y acudió á media noche á advertir á su matador que su día era llegado, y que iban á cumplirse las represalias del destino. Ese audaz romano tuvo la impavidez necesaria para preguntarle á la sombra que se le había aparecido : « ¿Quién eres? ¿qué quieres? ¿de dónde vienes? » La sombra muda no respondió : fué creciendo, creciendo á los ojos del sublime asesino, y cuando éste se abalanzó sobre ella á cogerla entre los brazos, una cosa impalpable, nada visible, desapareció perdida en la obscuridad. Ese hijo pavoroso de la imaginación de Bruto se llama *su Genio* en la historia; y tan á la letra muestran creer en él los antiguos, que en verdad no acierta uno á tenerse por espíritu *más fuerte* que Plutarco, Tácito y otros fiadores abonados de esos grandes acontecimientos.

Juliano el Apóstata, hombre de primera línea, tuvo su Genio, y le vió dos ocasiones. Ese emperador de dos coronas, filósofo de dos caras, abrigaba en su naturaleza la dualidad terrible que se afronta con la trinidad venerable de los cristianos : Ormuz, dios de la luz, y Arimanes, dios de las tinieblas, poseían esa alma desmedida, combatiéndose en sus entrañas, como los hijos de Rebeca, no sobre su premacía de raza, más aún sobre el descubrimiento de la verdad, aunadas las fuerzas de esas invencibles potencias que se daban batalla propendiendo á un mismo objeto. Juliano, cual otro Fresnel, hacía experimentos maravillosos : en los del uno, los portentos de la física toman bulto en hechos que parecen milagros; en los del otro, la metafísica se cava á sí propia, y, honda como el abismo, echa destellos luminosos que rompen la obscuridad eterna y se apagan para siempre, engendrando error ó impiedad en el seno de las tinieblas. Ese tránsito inmortal debía tener su Genio : inteligencia, sabiduría, facultades sensitivas allende lo ordinario; fibra delicada, corazón impetuoso, todo en él está acreditando que su espíritu mantiene relaciones ocultas con los dioses; con los dioses, pues se apartó de Dios, salió de su morada y, ciego con las luces de Libanio, se volvió á trancos descomunales hacia la muchedumbre de divinidades que aun eran osadas á combatir con el Todopoderoso. Tan profunda era la atención de ese gran sofista, que acertaba, dice Gibbon, á tener ocupados el oído en escuchar, la voz en dictar y la mano en escribir, todo á un tiempo. Como era la atención, así la penetración : vió en el mundo invisible; pero el enemigo extendió sobre él su negra ala, y el investigador de las cosas ocultas, perdida la vista á la verdad, tuvo creído que el

erior le iluminaba la cabeza y le levantaba el espíritu. En la lucha consigo mismo, y no hay duda sino que luchaba, puesto que los remordimientos son inseparables de la traición, el apóstata refinó tanto la sensibilidad de su pecho y atersó la inteligencia de manera, que como si fuese poseedor de un sexto sentido, palpaba lo invisible, oía el silencio, y asentaba el pie pasando por un hilo del un extremo al otro de la eternidad. En estas idas y venidas portentosas se le apareció su Genio : la Providencia le enviaba ese caduceador sublime á llamarle de paz y ofrecerle el ósculo de la bienaventuranza : el sofista no quiso acogerse al perdón. Se fué el Genio, cruzó el universo, y de rodillas ante el Altísimo, dió cuenta de su embajada. Dios le dijo : « Vuelve, y ve si ese desgraciado tiene por mejor volverse á mí. » Juliano volvió á ver su Genio; pero tan estrechos los vínculos que le ataban á los dioses, tan profundas las raíces de su desventura, que, maravillado de la vuelta de esa sombra incomprensible, no tuvo fuerzas todavía para levantar el vuelo, romper la duda, y hendiendo el aire, meterse en el Empíreo.

Bión era otro pensador ahincado que de continuo estaba requiriendo con los ojos del espíritu el cúmulo de tinieblas que mantienen debajo de su peso las verdades aun no descubiertas por los hombres; esas de que tenemos conocimiento no son sino reflejo lejano de las grandes é inmortales que deificarán al género humano, cuando á fuerza de meditación, virtud y favor divino viniere á descubrirlas. Bión estaba en su palacio un día solo y pensativo : ¿ qué es lo que ven sus ojos, Señor de cielos y tierra? Un fantasma comparece en una esquina del patio, y va saliendo

afuera : cuando hubo llegado al centro, era gigante que daba con la cabeza en el techo, y no hermoso, mas antes furia aterradora de ojos encendidos y largas serpientes por cabellos. Tiene la estantigua una escoba en la mano, escoba acomodada á barrer con ella los infiernos; tal es de coposa y grande. Pónese á barrer el fantasma, y barre y más barre. El filósofo, en mudo asombro, le está viendo sin moverse. Cuando hubo vuelto en sí, el espectro había desaparecido. Á los dos días, su hijo, hijo único, cayó del corredor abajo y se hizo pedazos; á los tres, á él mismo le cosieron á puñaladas. El destino había tomado forma adecuada para los sucesos. El emperador Pertinax fué también víctima de un asesinato; pero no antes de que hubiese visto un espectro que le amenazaba puñal en mano, puñal resplandeciente.

El Genio del peor de los hombres era propicio; á lo menos él lo tenía para sí. El que se llamaba *feliz*, atribuyendo sus triunfos y sus glorias á la Divinidad, y de ningún modo á sus méritos personales, pudo imaginar que uno de los dioses más bellos y amables le tenía á su cargo, le inspiraba y dirigía sus acciones. El Genio de Sila era Apolo, nada menos; y tan atrevido en su orgullo esotro azote de Dios que le había aherrojado á su protector, achicado y metido en una figurilla diminuta que llevaba continuamente al pecho. El dios de la luz producía las tinieblas en que vivía nadando ese perverso; el dios de la paz le aconsejaba proscripciones, matanzas, degüellos de ciudades enteras; el dios de la poesía casta y pura era el guión de las bacanales donde pudor y vergüenza servían de pasto á las pasiones más voraces. Apolo era el Genio de Sila : ¡ atrevido éste! El que se le apareció verdaderamente, cuando comido de

gusanos, vuelta pus la sangre de sus venas, daba aullidos de dolor, no fué Apolo; fué el Genio del abismo que le arrastraba diciendo : ¡ Ven, malvado !

Mario, menos soberbio, pero más impostor que su rival, se aconsejaba de una mujer scitia, una como hechicera salida de los bosques de la Germania, rebosándole en el pecho los sucesos futuros en proféticas oleadas. Cosa rara, los hombres más orgullosos y atrevidos, esos que piensan que lo pueden todo, porque todo lo sueñan, han atribuído cual más cual menos, su buena fortuna á la causa inaveriguable de todos los humanos acontecimientos. Se vengan, eso sí, los más audaces, se vengan del destino, y aun imponen castigos ríguosos á los dioses, cuando éstos no los sacan bien de sus empresas. Xerjes hace dar de azotes al mar, porque había roto el puente echado sobre el Helesponto para que su ejército pasase. Alejandro crucifica á su médico Gláucias y manda derribar los templos de Esculapio á la muerte de Efestión : Augusto excluye de las procesiones de los dioses á Neptuno, después del naufragio de su escuadra. Ajax había dado antes ejemplo de esta impía insolencia de los grandes, desafiando en alta voz á Júpiter, que bajase á combatirle con él en singular batalla orillas del Escamandro.

Si gustáis de los sitios agrestes, esos donde el agua está conversando con el silencio eternamente, y las plantas en apiñadas agrupaciones forman circuitos que son palacios de náyades y sílfides, mirad aquí esta gruta como esas donde Calipso prometía felicidad inmortal al viejo rey de Itaca. La peña, en socavón curioso, compone una bóveda

adornada de estalactitas que son obra maestra de la naturaleza : al pie de ella está brotando á la continua un caudal de agua purísima, cuyo lecho taracean peladillas de colores varios : fino césped suaviza y enverdece el suelo, mientras las plantas trepadoras suben por las paredes y forman inextricables laberintos con los árboles que circumbalan la fuente. Un cáliz enorme de color de púrpura está colgado de una rama cabizbaja, y toca y no toca las ondas que en hinchada rebosadura se derraman por las orillas : las flores del campo, la bella unión silvestre, el pajarito azul de pico largo agracian los alrededores, sin género de ruido sino es el murmurio del agua y el zumbido de los insectos que debajo de la hierba llevan adelante la comedia de su vida. Un viejo venerable, despejada la frente, blanca la barba, se viene hacia la gruta á paso de profeta : entró. Con qué palabras de sentido profundo evocó su Genio, lo ignoramos; mas de las entrañas de la fuente, rompiéndola con el blanco pecho, ó fué de entre el tupido ramaje, salió una mujer joven como el alba, fresca como la humedad milagrosa de su gruta, y le echó los brazos al anciano. Hablaron los dos seis horas : en este espacio de tiempo el anciano aprendió más que había estudiado en los años de su vida, y cargado de ciencia súbita, se volvió á la ciudad á sus alcázares. Era éste el rey de Roma, y la joven de la gruta un ente superior al género humano que por misericordia de los dioses se presentaba á un mortal y le comunicaba los secretos del destino. El Genio de Numa es la ninfa Egeria. Los que viajáis á Roma, id á beber por la mañana en la fuente de la ninfa Egeria. Numa pasó, Roma se desvaneció : naturaleza con su agua saludable, sus árboles frondosos, su hierba verde, sus flores

aromáticas, sus aves canoras, allí está. Nuestro siglo es incrédulo : burlas para él lo extraordinario; empero el amor de la naturaleza expresado en el agua corriente, la mullida grama, la flor voluptuosa, el silencio amigo, es Genio en el cual nunca dejaremos de creer los que tenemos en el alma un grano de poesía, y gustamos de leer en esos libros sibilinos que están abieitos de noche en la bóveda celeste y de día en las soledades donde no hablan sino el viento sobre el árbol, el insecto debajo de la hierba, y por ventura un pájaro que vuela por encima echando gritos lamentables.

He aquí el un aspecto del *genio*, este dios de cien caras, sombra en cuyo seno arden cien luces, como en esa *entelechia* de los griegos tan obscura y tan brillante, tan difícil y tan clara, tan angosta y tan extendida en todas direcciones. Bien como las piedras preciosas en reducido volumen abrigan la luz y los colores, así hay vocablos en los idiomas que son como compendios de cuanta sabiduría pueden ellos comprender. Dándole la vuelta á esta palabra sublime, descubrimos otro universo. Mirad esta niña en cuyo rostro la bondad apacible está presente á cualquier hora en forma de sonrisa : no la sonrisa del orgullo con la cual las soberbias desdeñan calladamente hasta á las personas y las cosas que les cumple venerar, sino la de la humilde obediencia, esa de la alegría que sienten los corazones bien formados cuando sirven á sus padres, dan gusto á sus hermanos, cumplen con sus deberes respecto de sus superiores : esa sonrisa de satisfacción inocente si alcanzan el cumplimiento de un deseo, de conformidad si llegan á perder lo que les embelesa, de resignación si sufren un castigo : sonrisa cuya esencia es el amor, que no falta de los

labios ni en medio de las lágrimas que están corriendo por sobre ella, y si se apaga por un instante, es para revivir más sonrosada, alegre y cariñosa. Esta sonrisa no solamente está en la boca: los ojos la concocen asimismo, la cultivan, benefician con ella la admiración y el afecto de los que la recibimos y dejamos se nos imprima en el alma como sello con que un ángel benefactor quisiera señalarnos para la felicidad del mundo, reinando la pureza. Niña, mujer que sonríen de este modo, con los ojos y los labios, son de *buen genio*. Buen genio en una persona quiere decir á las veces, buena índole, temple suave y espíritu avenidero con todo, puesto que no vaya de cosas opuestas á los deberes y las virtudes. Obediencia afable es buen genio; condescendencia delicada, buen genio; sujeción apacible, buen genio : buen genio son prontitud y gracia con las cuales corremos adelante de nuestras obligaciones en favor de nuestros semejantes, y nos hallamos listos á quedar bien con ellos, interviniendo honestidad y decoro. El buen genio es contrario de la cólera, y más de la ira. Puede uno sentirse de súbito prendido en una alta llama, sin dejar de tener, gracias á Dios, buena índole : dormirse en el enojo, dar cabida al rencor en el pecho, estar incubando la venganza de día y de noche, esto no es del corazón bien formado y el juicio recto, para los cuales agravios son relámpagos que pasan inflamando el horizonte, pero sin dejarlos quemados y marcados con la negra huella de la ira. Ira es la cólera prolongada de la cual es cómplice el espíritu : ira es mal deseo, mala intención y, cuando halla miembros donde encarnarse, ira es mala obra. Ira contra crímenes delibertados, contra vicios pertinaces; ira contra tiranías, abusos inrestringidos, iniquidades

constantemente; ira contra violencias, injusticias, perversidades é infamias, es santa ira, virtud inseparable de naturales remontados y perfectos. El buen genio puede y debe abrigar en sus entrañas esta noble pasión que está siempre armada de todas armas contra el crimen y el vicio. Sin ella ¿qué fuera de la justicia? sin ella ¿qué de las buenas costumbres? sin ella ¿qué de las virtudes? Oh tú que abrigas á Dios en el pecho, enciéndete, arde en ira, vuela por el mundo y devora cuantas iniquidades hallas al paso, ideas erróneas, acciones nefandas que deslustran y envilecen al género humano, como enaiteza aferrada sobre la parte más noble y visible de su cuerpo.

El hombre de buen genio no muestra ruín condescendencia con los de torcida condición; al contrario, su cólera está pronta á caer sobre la propuesta indebida, el deseo reprehensible, el favor criminal que exigen de él los que le irrogan el agravio de juzgarle flaco y miserable. Será manso en las relaciones y casos de la vida donde la indignación no es deber del hombre de bien: si ante el crimen ó la infamia permanece uno helado, su pecho no encubre el hogar bendito donde se cuecen las virtudes: ese no es de bueno ni de mal genio: es autómeta que vive por máquina, ó perverso que no se ha dejado conocer por falta de oportunidad. Buen genio y buena índole no son una misma cosa: por de buena índole tenemos á esos cuyas propensiones al bien son notorias, al paso que con ellos nada puede el espíritu del mal que anda soplando sobre el mundo y levantando llamas de exterminio en los corazones mal formados. Buen genio es persona mansa, vertible, suave: ni le irritan vanas palabras, ni le encienden chispas ligeras, ni vuela en alas del enojo sobre los que le han to-

cado blandamente. ¡Cuán mullido y cómodo lecho es el buen genio, bien así para los que lo poseen, como para los que de él sacan ganancia! La cólera es negra petardista: se queda con cuanto se le da fiado: es ingrata; nunca vuelve los servicios que se le hacen, como dijo uno que acaso la servía con frecuencia. Cada arrebató es un burujón en el pecho; cada arranque de furia un golpe mortal para el que lo padece: no avenirse á nada, no tener jamás por solventados para con nosotros á los que nos acompañan y rodean, es vida de Judas llena de sinsabores y quebrantos. El buen genio se los ahorra sabiamente: oye con calma filosófica las sandeces de los mil pedantes con quienes topa cada día: se harta en silencio de la miel empalagosa de esos ruines que nos lavan la cara, hasta cuando se les ofrezca echarnos en ella un puñado de cieno: sufre, y hasta da impulso á las locuras de esos insensatos que se levantan á las regiones inmortales en alas de su alabanza propia. El hombre de buen genio es conllevador perpetuo de cuantos son sus semejantes: á él le cuentan pajarotas, á él le llevan quejas, á él le ocupan de balde en todo. Ente más socorrido para los otros, y más infeliz para sí mismo que el buen genio, no hay en la tierra: sin estas personas benditas de Dios en quienes descargamos nuestro mal humor, nuestra cólera los irascibles, ¿qué sería de nosotros? Así como el Hacedor en su bondad infinita crió el caballo, el buey para alivio del hombre, asimismo crió los de buen genio para respiro y desfogue de esos temperamentos inflamables que se prenden y revientan con los rayos del sol, y hasta con los de la luna.

Para la sed devoradora de un camino donde el sol se

encarniza sobre la arena y la hace hervir debajo de los pies del viandante, el agua; el agua fresca y pura que corre murmurando por entre las hierbecillas y las cañas de un oasis : el incendio que nos estaba consumiendo amaina; las caldeadas paredes del pecho recobran el perdido jugo, y prestan regenerado teatro á las funciones de la vida.

Para la conciencia cargada de terribles culpas, que se ahoga en ellas y arroja por adentro gritos de desesperación, espoleada por el remordimiento, el sacerdote : el muelle regazo de un santo investido del poder divino con la ejecutoria de las virtudes, es realmente suave para las almas humildes y creyentes : descárganse de malos pensamientos, crudos anhelos, obras perversas, y quedan aliviadas con ese vacío de culpas, y ese depósito de esperanza que vienen á ser entonces sus arrepentidos corazones.

Para esos espíritus eléctricos que estallan al menor choque y disparan mortales centellas, el buen genio; el buen genio de estos hombres buenos, pararrayos de los airables, los arrebatados que se van á las manos donde hallan imprudente resistencia. He oído que nada más al caso para contener á una alma fosca que está tronando y relampagueando, que hacerle cara, ó levantarle el gallo, como dicen. Cuando el valor y el punto no magnifican la exaltación del ánimo, puede ser; pero ¡ay de esos que se afrontan por sistema con un hombre prendido en justa furia, que á un mismo tiempo abriga corazón capaz del cielo y de la tierra! Valen más la modestia, que no tiene necesidad de ser miedo, y esa serenidad rica de filosofía con las cuales algunos temperamentos privilegiados saben romper las tempestades y desbaratarlas, bien como los náuticos hábiles de los mares de China rompen la tromba

y le matan en el seno la muerte con que viene amenazando. Sea desprecio, sea reportamiento filosófico, sea elevada indiferencia, lo cierto es que causan asombro esos varones esclarecidos que sojuzgan al enemigo con la paciencia y el silencio, armas de los dioses. Yo no me siento, en verdad, capaz de tanto como ese orador que, teniendo levantado sobre su cabeza el bastón de su rival, con serenidad enérgica le dice : ¡ Descarga, pero escucha ! Lo que solemos hacer los hombres comunes, filósofos de teoría, es abalanzarnos al pescuezo de los que nos alzan la mano, y sacarles media vara de lengua, á efecto de enseñarles moderación y darles buena crianza. ¡ Bonito soy yo para que venga á hacerme callar un majagranzas mostrándome los puños ! Pues á ese me le voy á fondo, y si no sale como perro con maza, de Dios le venga la salvación, y váyase el diablo para atrevido. Si es de los que hacen rostro y no usan calzas de Villadiego, sino medias de punto grueso sobre canilla de gallo bien señalada, será ese un asalto de Lubaina, y un puñado de ceniza quedará allí dando testimonio de la insensatez de dos soberbios que, no por falta de talento sino de filosofía, se deshicieron las muelas, ó se abrieron en el pecho heridas tales, que Turno apenas las recibió mayores de la airada mano del hijo de Anquises. Muchos hay que tienen en los labios esta máxima de la Escritura : « Gran virtud es la paciencia : el hombre arrebatado está acreditando su locura »; y en los hechos son un compuesto de salitre, carbón y azufre; pólvora de Flandes que prende la sombra de una chispa. Cuando la paciencia no frisa con la cobardía, ni el buen genio es máscara de la ruindad, son virtudes y prendas nobilísimas de paz y sosiego entre los mortales. Con ser que no soy de los mejores,

detestó á esos desventurados que se andan á la greña, y sobre el mío y el tuyo se suben á la parra, y concitan la ira del cielo, y se sacan los ojos, con notable perjuicio de la sociedad humana, la cual ha de llevar adelante en ritmo acorde sus revoluciones en la órbita de la concordia y el amor, fundamentos fuera de los cuales no hay dicha ni placer que se levanten. La exaltación del ánimo en las grandes ocasiones, no hay duda sino que es toque de nobleza : sufrimiento que traspasa ciertos límites acredita falta de valor, ó ficción refinada del orgullo. La única vez que pongo en duda la sinceridad del más santo de los filósofos es cuando le veo recibir un bofetón y un puntapié con rostro sereno, é irse á su casa á contarle á su mujer que un asno le ha dado una coz por ahí en la calle. Pero si me parece muestra de gran carácter el silencio con que otro estaba oyendo la contumelia de un enemigo suyo, y cuando éste hubo agotado el tesoro de las injurias, siguió adelante su discurso interrumpido, sin aludir á los denuestos que acababa de presenciar el auditorio. Dicen que para tener razones con un borracho conviene haber bebido, y para trabarse de palabras con un loco es necesario haber perdido el juicio : para reprimir á un furioso que nos está insultando de hecho, ¿convendrá que seamos tan brutales y menguados como él? El orador abolicionista Carlos Sumner, apóstol de la libertad de los negros en los Estados Unidos de América, fué acometido súbitamente en el palacio del Congreso por un diputado del Sur, un negrero cuyos bienes de fortuna consistían en algunos centenares de esclavos africanos. Para las oraciones de Sumner, vírgenes hermosas infundidas de justicia y amor por obra del Espíritu, el negrero tuvo un palo : fué y dió sobre él, y le

rompió la cabeza, y le hirió profundamente el cráneo, y le dejó tendido en tierra. El palo fué más elocuente que el verbo encarnado en la voz del Santo Casas de los negros; y donde el propietario de carne humana no pudo responder al Evangelio en boca del orador sublime, halló la providencia que habían menester, saliéndole al paso al hombre de la verdad, y averiándole los órganos de la sabiduría. Carlos Sumner falleció después á consecuencia de esas heridas : no he sabido que su infame agresor hubiese muerto en el patíbulo : una ley errónea le quitó al verdugo de los dientes el mejor de sus bocados.

Suelen los perversos sin grandeza de alma beneficiar la bondad de sus semejantes, y sacar oro del sufrimiento de los mansos : los hombres nobles, generosos, que debajo de la capa del mal genio ocultan el buen corazón, y muchas veces el gran carácter, huyen de abusos que los apocarían á sus propios ojos, acreditándolos de injustos y ciega-mente arrebatados con esos sus semejantes que no les hacen oposición, sino es la de la mansedumbre y la justicia expresada con humildad y dulzura. Para con éstos no hay cólera que valga : bien como el rayo se apaga y muere en la fuente adonde le arrastran sus conductores, así el impetu destructor cae desvanecido ante la suave moderación de los que valen con su flema previsiva más que nosotros con nuestra furia ciega. Desgracias muchas y muy grandes, formadas ya en las entrañas de la cólera, han sido conjuradas por esa maga bienhechora que llamamos paciencia. Si ocurriese que entre dos personas que tienen que ver entre sí la una fuera mansa y avenible, ¡qué de vituperios, deshonras, vergüenzas, homicidios y desventuras